

Newton Compton Editores

© 2014, Dory Sontheimer
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-19-9
DL: B 16.720-2025

Fotografías del interior:
Cortesía de la autora

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en marzo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Dory Sontheimer

Las siete cajas



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Dedicado a mis hijos y mis nietos.
Para que puedan mostrarles a sus descendientes
con orgullo el origen de sus antepasados
y la capacidad de superación que tuvieron.*

*Y a mi marido por el ánimo, la paciencia y la fuerza
que me ha dado para poder contar esta historia.*

El que ha sufrido algún mal puede olvidarlo;
jamás el que lo ha causado.

H. MARET

Primero se llevaron a los judíos, pero, como yo no era judío, no me importó. Después se llevaron a los comunistas, pero, como yo no era comunista, tampoco me importó. Luego se llevaron a los obreros, pero, como yo no era obrero, tampoco me importó. Más tarde se llevaron a los intelectuales, pero, como yo no era intelectual, tampoco me importó. Después siguieron con los curas, pero, como yo no era cura, tampoco me importó. Ahora vienen a por mí, pero ya es demasiado tarde.

MARTIN NIEMÖLLER

Nota a la edición

La presente edición de *Las siete cajas* contiene el texto íntegro y completo de la obra original publicada en 2016 por la editorial Circe. A diferencia de aquella primera edición, esta versión incorpora un apéndice inédito. En él, la autora amplía el relato con nuevos hallazgos y testimonios, fruto de las investigaciones y contactos realizados en los años posteriores. Gracias a este proceso, ha sido posible reconstruir fragmentos esenciales de la historia que permanecían ocultos, logrando rescatar episodios y voces silenciadas, y enriqueciendo así el testimonio original.

Cabe destacar que todo lo recogido en este libro forma parte del archivo familiar que, en el año 2024, fue donado al Museo Conmemorativo del Holocausto de los Estados Unidos, en Washington D. C., constituyendo una de las aportaciones más significativas a la conservación y estudio del Holocausto. La labor de Dory Sontheimer y este libro representan un testimonio imprescindible para la recuperación de la historia y para comprender el profundo impacto que los acontecimientos del siglo XX tuvieron sobre tantas familias.

Esta edición no solo preserva el legado de quienes vivieron aquellos hechos, sino que también invita a las nuevas generaciones a reflexionar sobre el valor de la memoria y la importancia de aprender del pasado.

Prólogo

Era una mañana muy soleada de Sant Jordi. Animado por el festivo día de la rosa y el libro, firmaba en Barcelona ejemplares de mi recién publicado trabajo sobre el Holocausto y comentaba el tema con los potenciales lectores que se acercaban hasta mi mesa. Entre ellos, una señora guapa, amable, educada y sonriente. Le dediqué el libro –«Para Dory», me alertó– y, mientras escribía unas palabras, me dijo:

–Cuando tengas un ratito, tengo una historia que contarte sobre el tema del que tratas en tu libro. Verás como te sorprende.

Solo por corresponder a su cortesía –lo admito–, le respondí que estaría encantado de escuchar lo que tuviera que contarme, aunque confieso que si hay una constante en el periodismo es la de la persona que te dice que va a contarte algo tan importante que será primera página de tu diario, y luego su «gran historia» se diluye como un azucarillo.

A eso de las dos de la tarde, mientras tomaba un refresco, Dory se volvió a acercar.

–¿Te va bien ahora hablar un momento?

–Claro, claro. Te escucho –dije, aún desconfiado.

Saludé a su marido y nos sentamos entre sol y sombra.

–Verás –comenzó–, he encontrado unas cajas en un altillo de la casa de mi madre, ya fallecida, que contienen

la historia de mi familia y, por lo que he averiguado hasta ahora, creo que mis abuelos y otros parientes murieron en los campos de exterminio. Soy de origen judío. No supe nada de esto hasta que encontré las cajas.

Sé que puse los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que has encontrado tu propia historia en unas cajas y que desconocías lo que estás averiguando? —exclamé en voz baja, desconcertado y realmente interesado, tratando de no llamar la atención.

—Sí. Mis padres eran judíos y he sido educada como católica, y hasta ahora no he sabido nada del drama de mi familia, a la que me he propuesto investigar —respondió Dory—. Tengo fotos, cientos de cartas y de documentos que cuentan una historia durísima de la que no sabía nada —añadió.

Lo que me contó me pareció extraordinario. Se lo hice repetir. «Parece una novela o una película», pensé, creo que sin atreverme a decírselo, aunque luego, con el tiempo, supimos que ambos habíamos concluido lo mismo en algún momento.

Me pareció sorprendente y emocionante. Costaba hasta imaginarlo, aunque de inmediato mi parte periodista comenzó a imaginar un gran reportaje. Se lo dije y Dory me contestó que, si lograba reconstruir el pasado, ella escribiría un libro.

—Aunque no se ni cómo hacerlo —confesó.

Y así conocí de primera mano que los padres de Dory Sontheimer le habían dejado un legado de pistas para reconstruir la impresionante narración que contiene este libro, que aquel Sant Jordi fue un sueño ante un fresco y que ahora es una realidad. Desde aquel día, Dory me permitió seguir muy de cerca sus investigaciones y sus emociones —por cierto, también escribí el

reportaje—, circunstancia que me lleva a subrayar quizá obviedades. Es preciso comprender y no perder de vista en ningún momento que no estamos ante una novela ni ante el producto de una fértil imaginación. Las líneas que siguen a este prólogo describen un drama real, tremendo, que emana directamente del Holocausto y que nos alcanza de lleno a todos en pleno siglo XXI. Por eso es imprescindible que esta obra se lea con respeto. Hay mucho amor en este libro que merece dosis muy elevadas de deferencia.

Quien solo se haya adentrado superficialmente en lo que supuso el nazismo y su «solución final» quizá no aprecie a primera vista el horror y el mal absoluto que enmarca este relato, en el que traslucen los sentimientos de profundo amor que condujeron a almacenar las siete cajas con los pasajes infernales de unas vidas que tuvieron el infortunio de coincidir con el peor genocidio de la historia. El peor, sin duda, porque lo cometieron gentes supuestamente civilizadas, educadas, cultas, refinadas y leídas. Gentes que justificaron lo injustificable aprobando en su Parlamento leyes contra natura solo con la intención de legalizar sus crímenes y deshumanizar a un colectivo, al que le arrebataron todo menos la dignidad, como paso previo a su exterminio industrializado.

Los padres de Dory hicieron malabarismos impensables para salvaguardar la vida de sus hijos con un cariño y una fortaleza de espíritu que los impulsó a rescatar a su modo la memoria de una familia que el nazismo quiso eliminar. Y Dory ha heredado esa fuerza y ese valor, los cuales le han servido para contar una historia, la suya, que merece ser recordada para que no se repitan las circunstancias que la propiciaron.

Este es un relato de gran mérito. Dory, además de tener

que superar o tolerar los hechos que aquí se exponen, no era escritora ni historiadora –ahora ya lo es–, pero no pierde la perspectiva de lo que tiene en sus manos. Por favor, pónganse por un instante en la piel de unos jóvenes perseguidos a muerte que tuvieron que cambiar de religión, de identidad y de pasado para salvar su vida y la de sus hijos, pero que no pudieron proteger la de sus padres, que acabarían en un campo de exterminio. Y luego imaginen el día en que decidieron guardar las cajas con la esperanza de que alguien las recuperara y reconstruyera la memoria de una familia destrozada por el nazismo. Imaginen por lo que ha pasado Dory al descubrir a retazos el espanto que rodeó a su familia. Háganlo, y si no se emocionan es que no son de este mundo.

No debo ni quiero desvelar su historia. Pero, quizá por deformación de mi trabajo de periodista que ha investigado la relación de la España de Franco con los judíos perseguidos por el nazismo, no puedo dejar de llamar la atención hacia el deplorable comportamiento del cónsul de España en Marsella, V. Vía Ventalló, un hombre que representa la norma española pronazi y que, olvidando su condición humana, dejó que Lina y Eduard, los abuelos de Dory, fueran enviados a la muerte. La noticia de su exterminio llegó a España de la forma más fría y cruel: en el sobre de una carta que los padres de Dory habían enviado a sus abuelos, recluidos entonces en un campo de concentración francés. Sobre el sobre, una escueta anotación: «CARTA DEVUELTA POR TRASLADO DE LOS DESTINATARIOS».

El contraste del cónsul marsellés con personas buenas como Romero Radigales, Julio Palencia, Ángel Sanz Briz, Giorgio Perlasca, Miguel Giner y otros diplomáticos y funcionarios españoles que se jugaron la vida desobede-

ciendo las órdenes de Franco para salvar a sus semejantes es sideral. Pero ellos son la excepción a la norma antisemita e inhumana que chocó con la hipocresía de un régimen español que presumía de caridad cristiana y que produjo tipos como aquel cónsul marsellés. Qué distinto habría sido todo si los abuelos de Dory hubieran tenido que tratar con alguien como Julio Palencia, el embajador de España en Sofía...

Todavía no se estudia obligatoriamente en los colegios y universidades españoles una asignatura que se titule «Shoah» u «Holocausto», que enseñe y analice cómo una sociedad extraordinariamente avanzada y culta como era la alemana de comienzos del siglo XX pudo legalizar y justificar jurídica y «científicamente» la extinción de un colectivo humano. En nuestras escuelas no se habla de cómo unos magníficos ingenieros y arquitectos nazis desarrollaron el mejor y más barato sistema para asesinar industrialmente. En España no es de conocimiento general qué fue la solución final y menos que esta vino precedida por una deshumanización sin precedentes que pasó por inscribir a todos los judíos con el mismo nombre (Israel y Sara), con la consiguiente pérdida de identidad que supone semejante medida, a la que se sumó la obligación de marcarse la ropa con una estrella de David, la prohibición a abogados, médicos, etc., de ejercer libremente sus profesiones para acabar –antes de matarlos– arrebatándoles sus bienes, sus fábricas o sus modestos comercios u ocupaciones en un proceso de *arianización* que algunos ignorantes se permiten banalizar. Es una lástima que el conocimiento de esos hechos no forme parte esencial de nuestra educación y de nuestra formación como personas. Tal como estamos ahora, es fácil el olvido, la ignorancia o el uso del término *nazi* de

forma banal y gratuita. Y, mientras olvidamos o miramos para otro lado, la verdad y la historia nos alcanzan inexorablemente en forma de cruel memoria guardada en siete cajas en el altillo de la habitación de soltera de Dory Sontheimer.

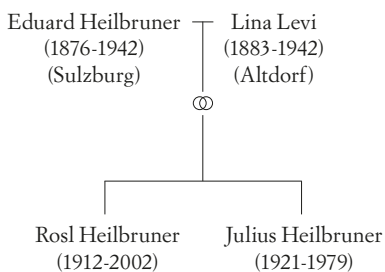
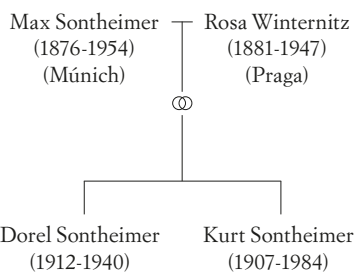
EDUARDO MARTÍN DE POZUELO DAUNER
Barcelona, abril de 2014

**Familia de
Baviera**

**Familia de
Praga**

**Familia de
Baden**

**Familia de la
Selva Negra**



Introducción

Delante de mis ojos, el mar.

En mis oídos, música: el andante de la sinfonía n.º 41, *Júpiter*, de Wolfgang Amadeus Mozart.

Nací en Barcelona. Mis poros transpiran Mediterráneo. Me educaron en la fe católica y soy descendiente de una familia alemana judía. Esta soy yo. Una extraña mezcla. Quiero a mi tierra mediterránea y, a pesar de la historia, también a aquella que un día repudió a mi familia.

Sobre el escritorio de caoba que mi abuelo consiguió conservar, una documentación abrumadora. He necesitado años para digerirla y un largo tiempo para transcribirla. Ha despertado en mí un sinfín de sentimientos: sorpresa, tristeza, dolor, rabia y, sobre todo, una profunda admiración hacia los supervivientes.

El 7 de octubre de 2002 fue un día gris. No sé si era el cielo o mi alma lo que estaba sombrío. Acabábamos de enterrar a mi madre después de una larga enfermedad, durante la cual olvidó cómo hablar en castellano y solo se expresaba en alemán. En sus trastornos mentales alguna vez me había gritado: «¡Ahora viene la Gestapo y se nos va a llevar!». Pensando que eran perturbaciones de su razón, yo intentaba calmarla. Pero aquella frase se me quedó grabada e intuí que debía de haber sufrido algún drama personal importante.

Días más tarde, en su casa, recogiendo sus cosas, sus

vestidos, sus papeles, sus vivencias –en pocas palabras, desmontando su vida–, en el altillo de mi habitación de soltera aparecieron siete cajas. Cerradas y perfectamente alineadas como soldados, parecían esperar la voz de mando para ponerse en marcha. Estaban numeradas y rotuladas. Reconocí la letra de mi padre, una persona a la que desde su muerte en 1984 aún echo de menos. Intuí que los documentos que contenían las cajas eran importantes, pero nunca supuse ni remotamente que me atormentarían tanto el alma.

Recuerdo que, cuando cumplí dieciocho años, mis padres me dijeron con gran sigilo que nuestras raíces eran judías. En aquel momento no entendí tal precaución. Ahora que conozco la historia lo entiendo. Solo sé que pensé: «Menos mal que no éramos nazis». Durante mi infancia, cuando había preguntado por la familia, siempre me habían dado la misma respuesta: «Murieron durante la guerra. De la familia solo quedamos nosotros». Y rápidamente se cambiaba de conversación.

Siete días tardó Dios en crear el mundo y siete brazos tiene el candelabro, símbolo en el judaísmo, llamado *menorá*. Representan los siete días de la semana, siendo el *sabbat* –el brazo central– el que evoca el espíritu de Yahvé, el espíritu de Dios; los otros significan algo tan bello como el conocimiento, el consejo, la sabiduría, la inteligencia, el poder y el temor. Por mi parte, yo he creado mi propia menorá con las cajas que hallé: curiosidad, intriga, búsqueda de la verdad, fe, amor, libertad y, el brazo central, homenaje.

Jamás imaginé que en estas siete cajas encontraría íntegra la crónica de mi familia. Para mí casi todos eran nombres anónimos, porque no tuve la oportunidad de conocerlos, pese a que se trata de personas muy cercanas, tanto como

mis propios abuelos. Documentos, fotografías, cartas..., un pasado oculto durante años, de repente ante mis ojos, en mis manos.

Documentos que en un primer momento carecían de sentido para mí. Multitud de cartas oficiales, requerimientos, escrituras, pasaportes... Todo guardado escrupulosamente como testimonio del horror. Ellos, los documentos, me enseñaron que los papeles oficiales, en apariencia tan fríos, también pueden ser portadores de una gran carga emocional, y también me obligaron a plantearme interrogantes y a buscar quien me los resolviera. Me llevaron a querer entender el porqué. Y lo conseguí, en parte. ¿Quizá por este motivo los habían guardado mis abuelos? ¿Mis padres? ¿Esperando que alguien –yo– entendiera su sentido al cabo de tantos años?

Fotos. De algunos familiares, muchas. De otros, solamente una o ninguna. Imágenes que son testimonio de la felicidad anterior al Holocausto, imágenes misteriosas que también me hablan en clave, imágenes del después, de la «normalidad» del después, si es que esto es posible.

Y, ante todo, cartas, cientos de cartas, miles de palabras recibidas desde distintos países, con infinidad de nombres que no significaban nada para mí. Copias de las cartas enviadas, cartas devueltas al destinatario, telegramas, postales..., cartas, cartas, cartas...

«Me han trasladado a un castillo... Me llevaré solo lo necesario... Estamos todos bien... [o] Me he jubilado... Ya no tengo el gabinete profesional [o la empresa] porque ha disminuido notablemente la clientela... La familia Stendhal se ha ausentado. Ya no están aquí... Estamos en las listas de viaje...».

Etcétera.

Me he leído varias veces cada una de las cartas. Cartas que parecen insulsas, banales, donde prácticamente no se hace nada más que confirmar que están bien de salud y que tal o cual miembro de la familia está ausente o se ha ido al extranjero. A través de su silencio, a través de sus palabras, el poder implacable del nazismo ha ido tomando forma para mí. Ni una mención a la política, ni una mención a Hitler, ni una mención a las nuevas ordenanzas: la censura, por supuesto. Pero, paso a paso, situándolas en su contexto histórico, he podido entender su verdadero significado.

Esta es la grandeza de estas misivas.

Esta es la grandeza de las letras.

Esta es la grandeza del silencio.

Porque, si queremos traducir los mensajes y sabiendo ahora lo que se iba promulgando, leeríamos lo siguiente:

«Me llevan al gueto. Solo puedo llevarme 50 kilos. Estamos vivos. Ya no me dejan trabajar [o] han *arianizado* mi empresa. Se los han llevado al campo de exterminio. Los próximos somos nosotros».

Hay relatos que merecen ser narrados. Esta es una historia real: los sucesos vividos por dos jóvenes alemanes de religión judía que, huyendo de la situación política de su país, fueron enviados por sus padres a España en busca de refugio. Ellos pensaron que sería algo temporal. No fue así. Dejaron atrás a su familia, sin saber que a muchos de ellos no los volverían a ver jamás. Por el camino fueron perdiendo a muchos otros.

Él se llamaba Kurt, era hijo de Max y Rosa Sontheimer, una familia de diplomáticos, y tenía una gran pasión que compartía con su padre, su tío Henry y su tío Felix: la filatelia. Los domingos por la tarde Kurt se sentaba con su padre delante de los álbumes y con la lupa y las pinzas

observaba aquellas estampas. Era una forma de viajar a otros países, conocer sus banderas, luchar en batallas, convertirse en un atleta, oler las flores, ver la belleza de los animales, escuchar la música de los grandes compositores. Kurt caminaba a través de la historia. La filatelia se convirtió en un sentimiento de unión entre padre e hijo y fue motivo de correspondencia con el tío Henry y el tío Felix. Así transcurrió su adolescencia. En España, trabajó como comercial en la filial de una empresa de porcelanas que tenía su padre, Lehmann & Co. Llegó a Barcelona en 1929 con su querida hermana Dorel, una muchacha especial, sin duda.

Ella, Rosl, hija de comerciantes, venía a Barcelona a estudiar la lengua española y dejó en Friburgo a sus padres, Lina y Eduard, y a su hermano Julius. Se había quedado sin trabajo por ser judía y, junto con sus padres, tomó la dura decisión de separarse. Creyeron que sería una separación temporal, pero se equivocaron.

Kurt y Rosl eran mis padres. Se conocieron en Barcelona y se enamoraron. En España entonces se vivían aires de libertad bajo el signo de la República. Aquí, ellos podían vivir su amor. Soñaban con un país libre, laico, sin prejuicios, donde su proyecto de pareja pudiera hacerse realidad. Pero aquel sueño duró poco. Se casaron el 31 de diciembre de 1936 y, cuando terminó la guerra, en 1939, se encontraron, una vez más, bajo el régimen de una dictadura similar a aquella de la cual habían huido. Los vientos que se respiraban en Europa central eran peores que los presagios supuestos en 1934. El miedo los hizo cambiar de identidad para no ser perseguidos. Kurt se convirtió en Conrado. Rosl, en Rosita. A partir de ese momento y hasta 1945, vivieron situaciones amargas y durísimas.

Kurt y Rosl atestiguaron con impotencia cómo sus familias se fueron desmigajando. A pesar de ello, supieron sobreponerse: formaron una familia en donde sus hijos pudieron crecer en un ambiente feliz, integrados en la sociedad española. Y aquellos horrores vividos los guardaron para ellos. Los callaron y ocultaron hasta su muerte, hasta que se revelaron ante mí, ocultos en estas siete cajas que mi padre ordenó.

Lo que no fueron capaces de vencer fue el miedo.

Ahora, setenta años después de que Hitler subiera al poder, puedo entender el silencio de mis padres sobre su vida anterior y la de su familia.

Aquel silencio, obligado, no solo lo mantuvieron en época de guerra. Lo mantuvieron durante toda su vida.

Un silencio que buscaba protección.

Silencio referente a todo lo que significaba el judaísmo y sus tradiciones.

Silencio para no hablar del período de la guerra ni de lo ocurrido a sus familias.

Un silencio provocado por el miedo, un miedo real, proporcional a la dimensión de la amenaza que se cernía sobre sus vidas.

Miedo a que sus vidas y las de sus descendientes peligraran.

Miedo al rechazo, a la intolerancia.

El miedo se enquistó como un tumor en sus cuerpos, y los tumores se deben extirpar, porque, si no se hace, el rechazo y la intolerancia se convierten en algo permanente.

Extirpar el miedo quiere decir romper el silencio, y romper el silencio es sinónimo de libertad.

Así pues, espero que este relato sirva para rendir un homenaje a personas que, como ellos, tuvieron que so-

portar la intolerancia, el rechazo, el desprecio, el insulto, la humillación social y la negación de la dignidad humana, y que, a pesar de ello, fueron capaces de retomar sus vidas.

Y que contribuya a que sus descendientes sientan el orgullo de conocer sus orígenes. Cada uno de nosotros somos el resultado de nuestra historia.

CAJA UNO

1929-1937



En 1929 Barcelona estaba de moda. Era una ciudad que florecía con los cambios urbanísticos que había conllevado la Exposición Universal. La recién estrenada Fuente Mágica de Montjuic fascinaba por primera vez a los barceloneses en la inauguración del recinto ferial en mayo.

Y fue en aquella primavera cuando mi padre y su hermana Dorel llegaron a mi ciudad natal para instalarse. Él, con veintiún años, y ella, a punto de cumplir los diecisiete. Conocían y amaban su arquitectura, los edificios modernistas, Gaudí, el Park Güell, su clima mediterráneo, sus gentes y su gastronomía...; la habían visitado con su padre en más de una ocasión. Pero las circunstancias que ahora los llevaban allí la convertían en una ciudad casi extraña.

No les fue difícil encontrar piso. La dirección del anuncio del periódico correspondía al número 47 de la calle Balmes. Se trataba de un edificio modernista con entrada circular y columnas de alabastro. Aquella vivienda significaba para ellos refugio, protección, amparo, un sitio donde dormir tranquilos.

✉ Kurt y Dorel Sontheimer
Balmes, 47
Barcelona

Barcelona, 30 de mayo de 1929

Max y Rosa Sontheimer
Rankenstrasse, 13
Nuremberg

Queridos padres:

Espero que estéis bien de salud. Kurt y yo, perfectos. Tengo muchas ganas de contaros lo que han sido estos últimos días en Barcelona, con la inauguración de la Exposición Universal. ¡Impresionante! Barcelona está exultante. Supongo que ya os debéis de haber enterado por la prensa. Hace una semana más o menos fuimos a la inauguración, había cientos de personas en la calle.

En medio de todo aquel río de gente, subimos por la avenida Reina M.^a Cristina, que se ha convertido en una gran avenida que va de la plaza de España hasta la Fuente Mágica. Realmente parece mágica, no había visto nunca nada igual. A lado y lado de la avenida están los diferentes palacios y todos los pabellones de los países expositores. Yo me siento orgullósísima del pabellón de Mies van der Rohe. Creo que es el más visitado. Tengo muchas ganas de que vengáis, porque os asombraréis de los cambios que se han producido en la ciudad. Se ha remodelado el Park Güell y se han edificado cantidad de hoteles nuevos.

Hoy no me alargo más, porque he quedado con una amiga. Kurt estaba con clientes y me ha dicho que os mande un beso muy fuerte. Creo que las ventas en Lehmann van muy bien y que la nueva línea de producción está funcionando sin problemas. O sea que, papá, no sufras por tus hijos.

El piso de la calle Balmes, pequeño, pero muy acogedor. Esperando que vengáis a verlo...

Un beso muy fuerte de vuestra niña...

Dorel

✉ Max Sontheimer
Rankestrasse, 13
Nuremberg

Nuremberg, 30 de junio de 1929

Kurt y Dorel Sontheimer
Balmes, 47
Barcelona

Queridos hijos:

Espero que todo siga bien. Aquí, en Nuremberg, todo como siempre. La ciudad os echa mucho de menos, así como el resto de la familia. La semana pasada celebramos el cumpleaños de Marianne. Tío Henry y tía Tessa no pudieron venir. Él tenía muchísimo trabajo en París y unas visitas importantes que no le permitían desplazarse. Pero sí que conseguimos que tío Felix y su madre vinieran también a celebrar la fiesta. Vuestra abuela está estupenda para sus setenta y cinco años. Tiene una vitalidad encomiable. Estuvimos en *petit comité*, pero fue una tarde muy agradable. La pequeña Marianne nos hizo reír a todos, ya es toda una señorita a sus veintiún años. La abuela nos contó que la ayuda mucho en casa.

Con Felix hemos tenido tiempo para mirar la colección de sellos. Me ha estado comentando las últimas piezas que había comprado y me pidió que, por favor, Kurt, compres todos los sellos conmemorativos de la Exposición Universal y que si puedes nos envíes algunas hojas.